

¿Es tanto lo que llueve en Galicia?

En la imagen que el español medio tiene del clima peninsular se destacan los contrastes entre un Norte lluvioso y poco soleado, el Sur cálido y seco y la violencia de los extremos en el interior. Efectivamente, no se puede hablar de un clima español uniforme y es ya un tópico la división climática de España en las dos grandes zonas: seca y húmeda. La estrecha faja lluviosa de la España septentrional se amplía considerablemente en el noroeste, ocupando a Galicia entera (y aun algo de las provincias limítrofes, como el Bierzo leonés). Las precipitaciones anuales, salvo escasas excepciones, superan ampliamente los 1.000 mm y las isoyetas de los 1.200 a los 1.600 mm engloban gran parte del territorio, sobre todo las zonas de mayor altitud. En general, las precipitaciones son casi continuas y muy elevadas de octubre a marzo, pero se advierte nítidamente un mínimo pluviométrico anual estival, sobre todo en los meses de julio y agosto. Y aún más acusado allí donde las precipitaciones no son las más elevadas de la región, ya que se trata de estaciones con mayores afinidades mediterráneas. Estas son las de todas las ciudades importantes, con las excepciones de Santiago y Pontevedra, únicas que superan los 1.400 mm anuales. En Galicia, considerada popularmente como el colmo de las regiones lluviosas, la sequedad estival es no sólo relativa, sino también real, al descender el valor de la precipitación por debajo de los 30 mm en julio.

Se caracterizan las temperaturas en Galicia por la suavidad oceánica y las débiles oscilaciones anuales, inferiores a los 10° en la costa atlántica (9° en La Coruña y 9,8° en Vigo). Estas oscilaciones son mayores en el interior, teniendo en Lugo (que está a 498 m sobre el nivel del mar) una media en enero de 6° y en Orense, encajonado en el valle del Miño inferior, una media de 22° en julio. Finalmente, el número de horas de sol es en casi toda Galicia, salvo la costa cantábrica de la provincia de Lugo, más elevado que en el resto de España húmeda. Así por ejemplo, Vigo tiene un total de 2.226 horas de insolación al año, frente a las 1.656 de Gijón y a las 1.831 de San Sebastián.

La fama de región lluviosa alejó de Galicia a una gran mayoría de españoles, que por un temor infundado han dejado de visitar y conocer una de las más importantes parcelas de nuestra Patria. Ya que si no se acumulan allí tantas nubes como generalmente se cree, sí en cambio la naturaleza y el arte han acumulado en la esquina verde de la Península Ibérica bellezas sin cuento.

Es conocido de todos un paisaje gallego de praderas y colinas ondulantes siempre verde. Esto es verdad y es hermoso y abunda en Galicia, pero no es esto sólo. Hay granito, a veces en originalísimo contraste con una vegetación subtropical, como suce-

de en el Valle de Oro. Hay nieve en Manzaneda y en los Ancares y altas montañas de imponente grandiosidad en estos y otros lugares. Hay valles semejantes a los pirenaicos, como el de Mondoñedo, de acusado sabor medieval, con la pequeña ciudad episcopal que le da nombre y la multitud de aldeas que la circundan. Otros valles son abiertos al mar y en ellos es donde la vegetación alcanza una frondosidad increíble, formando rincones que parecen imaginados por el lápiz de Gustavo Doré, como la Espenuca, en Betanzos, y el Naseiro, en Vivero, escenarios de sendas romerías en el mes de agosto. Hay profundas hoces de ríos, como la del Muño aguas arriba de Orense, paisanaje que recuerda en menor escala a la famosa Lorelei.

Y hasta la parte que podría parecer más monótona, la meseta interior o "terra Cha" (Tierra Llana) no lo es, porque está cubierta de bosques y sembrados, surcada de ríos caudalosos y poblada de villas y aldeas, a la sombra de los castillos que perpetúan los nombres de Lemos, Andrade y Villalba.

Si del territorio interior bajamos a la costa son bastantes conocidas las rías bajas, pero tampoco es solamente esto. Hay también las rías altas, que integran el "Golfo Artabro", de una belleza totalmente distinta y quizás todavía mayor. Y la acantilada "costa de la Muerte" o de Bergantiños, y la asimismo acantilada costa cantábrica, en la que se abren también rías hermosísimas, de paisaje todavía más boreal, como la del Eo, limítrofe con Asturias, a la que se asoman las cuatro villas de Ribadeo, Vegadeo, Castropol y Figueras, además de muchas aldeas, y que, por lo estrecho de su bocana y su amplio desarrollo interior, semeja un lago rodeado de altas montañas, vestidas de bosques y praderas en sus laderas y de nieve en sus cumbres.

Y en cuanto a la belleza artística, también Galicia es una de las regiones

privilegiadas de Europa, con sus cinco catedrales, sus treinta y nueve monasterios, sus castillos y sus originalísimos pazos. Una de las catedrales, la de Santiago, posee las máximas maravillas universales de dos estilos arquitectónicos: el Pórtico de la Gloria, del románico, y la fachada del Obradoiro, del barroco. De otra civilización anterior proceden a su vez dos piezas singulares en el mundo: la Torre de Hércules, en La Coruña, único faro romano que todavía funciona como tal, y la Muralla de Lugo, la mayor y mejor conservada del mundo, cuyo adarve, totalmente transitable, constituye un originalísimo paseo público.

Volviendo al arte cristiano, la iglesia del Sar, en Santiago, con sus columnas inclinadas, la deliciosa Colegiata de La Coruña, los imponentes monasterios de San Martín y San Pelayo, en Santiago, y de Samos, Osera, Celanova, Sobrado de los Monjes... En Monforte de Lemos, el Colegio del Cardenal, grandioso edificio plateresco que guarda pinturas del Greco...

Las catedrales de Santiago y de Lugo fueron comenzadas en el siglo XII y concluidas en pleno siglo XIX, y guardan muestras de todos los estilos de esas épocas. En ambas se conserva la huella del genial arquitecto Fernando de Casas Novoa, cuya obra capital es el Obradoiro antes citado, y la del escultor Francisco de Moure, cuyo coro de la catedral de Lugo sólo cede en España al de Berruguete en Toledo. La catedral de Mondoñedo es una armoniosa muestra del estilo cisterciense, y en sus proximidades, la parroquia de San Martín, románica del siglo XI, es una de las más antiguas de este estilo en España, semejante a las famosas del Pirineo Catalán.

El conjunto urbano de Santiago de Compostela es, según alguno, el tercero en importancia artística en el mundo cristiano, solamente superado

por los de Roma y Viena. Hay también un sinnúmero de ciudades y villas típicas y medievales, entre ellas las partes antiguas de Pontevedra y La Coruña y los conjuntos de Betanzos, Noya, Ribadavia, Mellid, Vivero, Puertomarín...

Habiendo sido el pasado 1976 Año Santo Compostelano, no es necesario recordar la existencia de la tumba del Apóstol evangelizador y Patrón de España. En Lugo se venera el Santísimo Sacramento perpetuamente expuesto y la Virgen de los Ojos Grandes, a cuyos pies San Pedro de Mezonzo compuso la Salve. Y en Pontevedra la Virgen Peregrina. Toda la región está festoneada de santuarios, a cuyo derredor florecen leyendas de milagros y se celebran en verano típicas romerías.

Ciertamente que para conocer la gastronomía gallega nos es necesario ir

a Galicia. Pero también los platos típicos tienen más sabor en su marco original. Una empanada de "raxo" (lomo de cerdo) saboreada a la sombra de un castaño, en las proximidades de un santuario o/y un castillo, en día de romería, con música de fondo de gaitas...

Hemos hablado de lomo de cerdo. Galicia abunda en cerdos y vacas, pero sobre todo en caballos, que no se comen, pero cuyas corridas, "curros" o "rapa d'as bestas", parecidas a los rodeos norteamericanos, constituyen un espectáculo inolvidable.

Y para terminar habría que decir como en el célebre concurso de la televisión: "Esto es lo que Vds. han perdido". Esto es lo que la mayoría de los españoles ha dejado de conocer y visitar por un exagerado temor a la lluvia.